

Juan Aparicio Belmonte

La encantadora familia Dumont

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

1	Árbol	13
2	Invasión	19
3	Vida	29
4	Liberto	33
5	Peligro	40
6	Ambulancia	45
7	Visita	58
8	Celebración	66
9	Marcianos	76
10	Aquelarre	81
11	Piojosos	87
12	Jedi	90
13	Berlín	93
14	Regreso	103
15	Discusión	106

16 Unión	115
17 Aparición	117
18 Optimismo	122
19 Ruptura	126
20 Zombi	130
21 Factura	134
22 Teatro	141
23 Rescate	148
24 Enemigos	164
25 Amanda	168
26 Vecinos	173
27 Propuesta	177
28 Negocio	179
29 Golpe	192
30 Delirio	195
31 Fiesta	202
32 Recuperación	208
33 Patria	211
34 Reunión	215
35 Ideología	227
36 Noticias	231
37 Bomba	235
38 Turbulencias	240
39 Panfletos	247

40 Lluvia	250
41 Ilusión	256
42 ¿Dumont?	259
43 Escarmiento	265
44 Viaje	268
45 Luz	273

*A la memoria de José Belmonte González;
y no porque fuera hijo de Nicolás Belmonte Dumont,
sino por el cariño que le tuve.*

A Nicolásín.

1

Árbol

Paula y yo sabíamos que la timidez a cierta edad es mala educación.

Y aunque aquella confesión inesperada de nuestro vecino nos provocó vergüenza ajena, alipori, ganas de huir, no retrocedimos ni le dimos la espalda por pura cortesía. Se había trastabillado por las escaleras delante de nosotros, y cuando le ayudamos a incorporarse, en vez de darnos las gracias como una persona normal, quiso que escucháramos el relato de su triste vida. Padecimos su aciaga, atropellada y confusa narración durante más de media hora. Pero aquellos días no estábamos en la mejor tesitura para cargar, siquiera unos minutos, con la desesperación de nadie.

Ya teníamos la nuestra.

Soportábamos las horas en el local descubriendo que el paso del tiempo, aunque paliativo con ciertas desgracias del pasado, puede ser muy enervante si el futuro asoma ruinoso.

Y nuestro negocio no terminaba de arrancar.

Para estar como estábamos, tan mal, habíamos renunciado a parte de nuestros ingresos como técnicos del ser-

vicio de urgencias psiquiátricas de Madrid. Trabajábamos sábado, domingo y lunes en la *papa*, como se conoce coloquialmente a la ambulancia psiquiátrica, y librábamos el resto de la semana. Ese era el plan hasta que el negocio, recién inaugurado, nos permitiera una vida mejor: cuatro días esperando a clientes en el local y tres esperando un aviso para activar el código 2, viajar a algún pueblo cercano o remoto de la provincia y amordazar a un demente o a un psicótico intoxicado con hachís, alcohol, LSD o cocaína, o a un viejo hediondo con síndrome de Diógenes. El negocio infalible que habíamos importado de Francia y Alemania y anunciado por los colegios e institutos del distrito, repartiendo personalmente los folletos de color verde, hubiera sol o lluvia, estaba resultando un fiasco.

Lo habitual era que los pocos peatones que asomaban por el local lo hicieran dubitativos, sin saber dónde se metían, para preguntar si era una peluquería de perros o cualquier otro comercio disparatado, como si el letrero refulgente no advirtiera con claridad lo que podía esperarse del sitio.

El propio vecino, simpático pero malintencionado —quizá por el rencor que le provocaba su nombre risible—, nos había preguntado varias veces por la charcutería, aunque, por supuesto, nuestro comercio tampoco era tal cosa.

Para no volvernos locos pensando más de la cuenta en el fracaso, navegábamos por internet, sin encontrar nada que nos sacara del pasmo, o nos acariciábamos, sabedores de que nadie nos molestaría, y terminábamos haciendo el amor, sin reparos ni precauciones, en la parte trasera del local. Pero la angustia nacía de esa penumbra deshabitada, con eco y sin clientes, y enseguida regresaba a nuestros

cuerpos aunque se hallaran enlazados como el yin y el yang tras el enorme y placentero esfuerzo de la gimnasia amatoria.

Hasta que encontramos un portal de investigaciones genealógicas creado en Utah, Estados Unidos, por la Iglesia de los Santos de los Últimos Días (o sea, los mormones) y nos distrajimos más de la cuenta. Todo por el apellido Dumont, tan raro en España, que dio pie a nuestro primer beso dieciséis años atrás, cuando descubrimos, recién incorporados al servicio de salud psiquiátrica, que no solo compartíamos *papa*, sino también apellido materno de sonoridad francesa y enorme curiosidad por conocer su origen. Éramos, milagros de la vida, primos lejanos, y nos acabábamos de conocer en una salida con la ambulancia hacia el centro de la capital. Gracias a ese portal, conseguimos averiguar quién era nuestro antepasado común, un tal Nicolás Dumont Ruiz, guardia civil nacido en el año 1826 en Bérchules, las Alpujarras, y fallecido en 1889 en la ciudad manchega de Albacete. Imaginábamos que la clave de nuestra coincidencia en carácter radicaba en ese Nicolás Dumont, como si una destilación milagrosa de sus genes hubiera llegado hasta nosotros transmitiéndonos su manera de estar y de ser en el mundo; por eso éramos tan parecidos, casi iguales, y estábamos tan enamorados.

Tras este descubrimiento, profundizamos en la búsqueda, indagando en otras fuentes.

Localizamos a un individuo que hablaba en susurros, con voz un tanto inquietante, que se apellidaba también Dumont y había construido un extenso árbol genealógico sobre la familia al que solo se podía acceder previo pago de una suscripción a su página web. El hombre tuvo a bien desvelarnos la procedencia del tal Nicolás Dumont Ruiz

sin cobrarnos apenas nada. Pudimos conocer e imaginar el viaje de su padre, Etienne, desde Soueich, un pueblecito francés de los Pirineos, hasta Granada, a finales del siglo XIX, cuando aún era un adolescente. Ahí estaba el documento de empadronamiento, recopilado por nuestro interlocutor. El chico viajó con su tío, que comerciaba con juguetes de hojalata, como soldaditos, animales de granja, carrmatos en miniatura o canicas, y tenía fama de practicar la brujería, pues también trapicheaba con hierbas, ungüentos y drogas naturales. Algo debió de ir mal, algún hechizo o alguna estafa, y tío y sobrino se mudaron a España. Con el tiempo, Etienne Dumont se casó con la alpujarreña Ana Ruiz y nació Nicolás, nuestro querido y común tatatarabuelo (el abuelo de nuestros bisabuelos, vaya). Nos preguntábamos por qué esos occitanos franceses cambiaron su paisaje de nacimiento por las remotas Alpujarras y no por una zona más a mano.

—Eso no es difícil —dijo nuestro interlocutor—. Es imposible saberlo.

De hecho, resultaba imposible averiguar por qué nosotros nos habíamos metido en el desvarío comercial que nos tenía atrapados, así que nuestros ancestros seguramente olvidaron pronto la razón de su emigración al rincón más lejano de Andalucía.

Éramos los Dumont riéndonos pese al porvenir gris, y había otro Dumont al teléfono: su voz rumorosa se afianzaba en el local como una sustancia del aire.

—Me alegra escuchar tanta felicidad —dijo.

Y como si la sangre en común nos colocara en el disparadero hacia una solución para nuestros problemas económicos, supimos que el tipo se dedicaba a un negocio más o menos emparentado con el nuestro.

—¿Y le va bien? —le preguntamos.

—Fenomenal —respondió—. ¿Y a ustedes?

—Fatal.

Se ofreció a ayudarnos en la consecución de clientes, o eso insinuó con un sinnúmero de circunloquios. Sus explicaciones, cargadas de tecnicismos y vocabulario culto, eran excursiones hacia no sabíamos dónde en las que eludía lo principal. Lo principal, el cogollo, se parecía mucho a una oferta ilegal.

—¿Nos está queriendo decir —le cortamos, impacientes— que usted tiene un método para lograr que nuestro negocio funcione y que ese método no es necesariamente aceptable ni legal ni socialmente...?

—Estoy queriendo decir lo que estoy queriendo decir —respondió sin perder la precaución—. Aunque por mi acento no lo parezca, porque he hecho el esfuerzo de adaptarme a la madre patria, soy medio cubano y tal vez mi aproximación a lo sustancial sea distinta a la de ustedes, por mucha sangre ancestral que compartamos.

Hablaba como si se sintiera espionado o como si quisiera calibrar nuestra moralidad y elegía con tanto cuidado las palabras que hasta él mismo parecía perder el hilo de su discurso. Más que medio cubano, parecía medio gallego, si nos atenemos al lugar común o prejuicio con que los gallegos son descritos. Finalmente, consiguió comunicarnos, casi en clave, en qué consistía el método y cuánto nos costaría. Después de debatirla abriendo una botella de buen rioja, aceptamos su propuesta, aferrándonos irracionalmente a la confianza que nos daba compartir tan peculiar apellido con él y también empujados por la desesperación y la necesidad de producir algún cambio radical y urgente en nuestro negocio ante su previsible fracaso. Aceptando

su oferta le agradecíamos, además, que nos hubiera ayudado a completar la rama del árbol genealógico que tanto habíamos deseado conocer.

Oímos el funcionamiento de una cisterna. El hombre, al otro lado, carraspeó y pidió perdón, se excusó diciendo que estaba cocinando y pasó de hablar en susurros a emplear un asombroso tono campanudo; cambió de voz como si se diera cuenta de que ahora, una vez aceptadas sus premisas ilegales, estaba en el papel de mero vendedor, y no en el de delincuente.

Fue curioso escucharle hablar del producto que acababa de vendernos como si lo estuviera haciendo de cualquier otra cosa, de colonia, de pan de molde o de coches de lujo, y sorprendente la transformación de su voz, de pronto grave y acariciadora, de esas profundas, viriles, que te ponen la carne de gallina. Hasta la mercancía menos atractiva podía ser presentada como perfume de lavanda con aquel instrumento musical. Quedamos en pasar a media tarde por la dirección del distrito de Hortaleza que nos proporcionó. Nuestro propio distrito. Otra feliz coincidencia, pensamos.